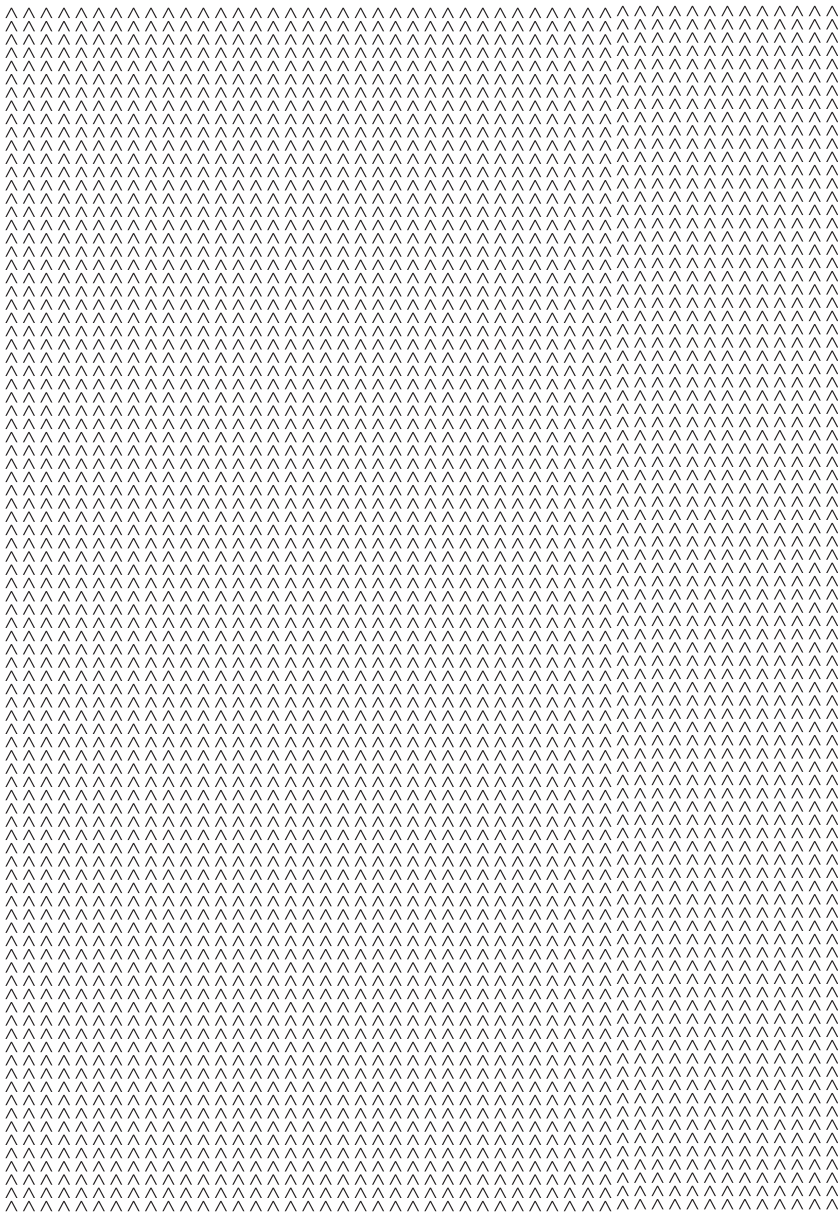




# EL FUTURO DE LA LECTURA

PETER FLORENCE Y MICHAEL BHASKAR  
EN CONVERSACIÓN CON MARIANNE PONSFORD







Organización  
de las Naciones Unidas  
para la Educación,  
la Ciencia y la Cultura

CERLALC

Centro Regional para el Fomento del  
Libro en América Latina y el Caribe  
Bajo los auspicios de la UNESCO

# EL FUTURO DE LA LECTURA

Publicado por

Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina  
y el Caribe (Cerlalc)  
Calle 70 n.º 9-52 – Bogotá, DC  
Tel. (57 1) 540 20 71  
cerlalc@cerlalc.org  
www.cerlalc.org

© 2018, Peter Florence  
© 2018, Michael Bhaskar  
© 2018, Marianne Ponsford  
© de la traducción, 2018, Nicolás Torres  
© de esta edición, 2018, Cerlalc

Esta obra se publicó gracias a la colaboración de

## HAY FESTIVAL

*imagina el mundo*

ISBN de la edición en PDF: 978-958-671-216-3  
ISBN de la edición en ePub: 978-958-671-219-4

DISEÑO DE COLECCIÓN Sandra Restrepo  
DISEÑO DE CUBIERTA Y DIAGRAMACIÓN Carolina Medellín  
Primera edición septiembre 2018

Todos los derechos reservados. Queda prohibido reproducir, copiar y transmitir, total o parcialmente, parte alguna de esta obra, por cualquier procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa del Cerlalc.





Organización  
de las Naciones Unidas  
para la Educación,  
la Ciencia y la Cultura

CERLALC

Centro Regional para el Fomento del  
Libro en América Latina y el Caribe  
Bajo los auspicios de la UNESCO

# EL FUTURO DE LA LECTURA

PETER FLORENCE Y MICHAEL BHASKAR  
EN CONVERSACIÓN CON MARIANNE PONSFORD





**MICHAEL BHASKAR** es cofundador y director de la editorial Canelo, especializada en la publicación de libros electrónicos. Ha trabajado el desarrollo de aplicaciones y proyectos web de amplio reconocimiento. Es autor de los libros *La máquina de contenido* (2013) y de *Curaduría. El poder de la selección en un mundo de excesos* (2016), ambos publicados en español por el Fondo de Cultura Económica.

**PETER FLORENCE** es el fundador del Hay Festival de Reino Unido junto con su padre y su madre, Norman y Rhoda Florence. Peter Florence ha fundado festivales similares en otras ciudades como Cartagena, Nairobi, Zacatecas, Segovia o Belfast. Es coeditor de las antologías *Oxtales* y *Oxtravels* en Profile Books, editorial independiente del Reino Unido; miembro honorario de la Royal Society of Literature y de la European Festivals Association. Ha trabajado durante 30 años en el sector del libro.

**MARIANNE PONSFORD** asumió en octubre de 2015 la dirección del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc). Trabajó como editora en Siruela, Planeta y Turner. Entre 1998 y 2001, dirigió la revista colombiana *Cromos*. En 2005 creó la revista cultural *Aradia*, la cual dirigió hasta el año 2014, cuando alcanzó su número cien. Ponsford ha sido colaboradora de diversos medios de Colombia y el continente, además de jurado de concursos literarios y periodísticos.



## Presentación

El Hay Festival es un espacio privilegiado para el debate e intercambio de ideas. Surgido en 1988 en Hay-on-Wye, país de Gales, por iniciativa del voluntarioso Peter Florence, el Hay sigue conservando el espíritu con el que surgió, más cercano a la charla de lectores entusiastas que discuten sobre libros entre café y café (¿Puede haber algo más serio que una charla con los amigos en un bar?). En 1996, el Hay Festival emprendió una estrategia de internacionalización que lo ha llevado a los más diversos lugares del mundo; hoy cuenta ya con ediciones permanentes en Arequipa (Perú), Querétaro (México), Segovia (España) y Cartagena de Indias (Colombia), en donde se realizó por primera vez en 2007. De esta forma, el Hay ha contribuido también al descubrimiento de nuevas voces y, en general, de escritores que probablemente no habríamos llegado a conocer de ninguna otra forma en un mercado donde lamentablemente sigue siendo cierto que viajan más los autores que los libros.

En el marco de la edición 2018 del Hay Festival Cartagena de Indias, tuve la fortuna de moderar una charla con dos inteligentísimos interlocutores: Peter Florence y Michael Bhaskar. Florence es, como ya dije, el fundador del Hay Festival, a lo cual creo que no haría falta añadir mucho más. Estudió en las universidades de Cambridge y de París. Es miembro de la Royal Society of Literature y de la European Festivals Association. Es quizás uno de los mejores lectores y conversadores que he conocido. Permítanme aquí un paréntesis: a los que no han tenido nunca la fortuna de asistir a sus charlas con alguno de los autores que han sido invitados al Hay, les recomiendo el libro *Hay*

*Festival Conversations*, publicado para celebrar el trigésimo aniversario del festival, donde se encuentran conversaciones con autores como Julian Barnes, David Grossman, Kazuo Ishiguro, Orhan Pamuk, entre otros.

Mi segundo interlocutor, Michael Bhaskar, pese a que no pasa de los cuarenta, es un autor de referencia para abordar el impacto de lo digital en el sector editorial, en particular, y en las industrias creativas, en general. Prueba de ello es su libro monográfico *La máquina de contenido*, en el que busca identificar los elementos inherentes al oficio de editar, independientemente de los medios y soportes, para llegar a una definición que sirva para entender por qué los editores siguen siendo hoy intermediarios necesarios. Mientras que en su libro más reciente, *Curaduría*, muestra cómo, en una economía en la que el problema principal es el hecho de tener que lidiar con el exceso, adquieren cada vez más importancia los modelos de negocio basados en la selección. Bhaskar es, además, cofundador y director editorial de Canelo, una editorial orientada a lo digital.

En la mañana del domingo 29 de enero de 2018, me di cita pues con estos dos magníficos lectores en el Hotel Santa Clara de Cartagena, para una conversación de título tan ambicioso como efectista: “El futuro lectura”. Cuando se me invitó a moderar esta charla, me acordé inmediatamente de una ilustración que seguramente muchos han visto. Apparentemente su autor es francés y data de la primera década del siglo xx. En esta se ve a un grupo de alumnos en el salón de clase conectados por un casco a una máquina en la que el profesor va introduciendo libros que la propia máquina procesa para transmitírselos a los alumnos. La imagen lleva en la parte superior un título que

dice “En l’an 2000”, “En el año 2000”. Lo que me ha gustado siempre de esa ilustración es que delata esa tendencia a aventurar predicciones que la realidad casi siempre termina por defraudar; tendencia que ha caracterizado en buena medida toda la discusión sobre la irrupción de lo digital y que ha dado lugar a aseveraciones sobre la más que segura desaparición del libro impreso o a la aparición de tantos medios, soportes o formatos, que nacen como mueren, pero a los que se pronosticaba el más promisorio futuro.

Así que, con esta prevención, debo decir que nos cuidamos mucho de hablar más del presente que del futuro. Intenté más bien que, partiendo de sus propias experiencias, identificaran cambios en sus propios hábitos lectores, para así indagar en las principales tendencias surgidas por cuenta de la generalización del uso de Internet. Reconocimos la convivencia de prácticas de lectura y consumo cultural en general, aparentemente contradictorias; la necesidad de cuestionar conjeturas que hacen carrera y se convierten en premisas que terminan por orientar nuestras percepciones; así como de la omnipresencia y omnipotencia del relato o, para decirlo de manera más enfática, la consubstancialidad del relato a la esencia de lo humano.

Hablamos de audiolibros, de la autopublicación, de los videojuegos como puro entretenimiento y como adicción, pero también de su potencial, así como del lugar del libro impreso, de su carácter legitimador y de su diseño insuperable para posibilitar la lectura concentrada. Es verdad que leemos más, que lo digital privilegia la fragmentación y la brevedad, pero también que se siguen leyendo largas sagas y se ven series que se extienden por varias temporadas. No sabemos, en cualquier

caso, lo que ocurrirá con la lectura, con nuestras lecturas; pero tratamos sí de entender lo que está ocurriendo en este momento y nos permitimos imaginar, como estuvo tentando a hacerlo el ilustrador francés a comienzos del xx y como tampoco esta vez pudimos dejar de hacerlo nosotros tres.

**Marianne Ponsford**

Directora

## EL FUTURO DE LA LECTURA





**Marianne Ponsford:** Estamos con Peter Florence y Michael Bhaskar, dos extraordinarios lectores; algo que, en el caso particular de Peter, ha contribuido al gran éxito del Hay Festival, y que a Michael lo dirigió al mundo de la edición. Ambos crecieron en una época en la que Internet no era una herramienta tan popular y omnipresente como lo es ahora, quizás hasta pasaron sus años adolescentes antes de la llegada de Internet a la vida de la mayoría de nosotros.

Me pregunto, entonces, si sus hábitos de lectura han cambiado. ¿Cómo son sus hábitos ahora?, ¿ha habido algún tipo de transformación debido a la interacción constante con Internet, con diferentes dispositivos y nuevas tecnologías?

Empecemos contigo, Peter.

**Peter Florence:** Sí, una gran parte de mis lecturas tiene relación con mi trabajo. Leo durante cuatro o cinco horas al día. De ese tiempo, quizás la mitad la paso leyendo en un dispositivo digital, eso es así. Sin embargo, es sólo por pura conveniencia.

La mayoría de los productos que leo serán publicados de aquí a un año. Estas lecturas son, literalmente, archivos PDF de manuscritos originales. ¿Cuáles son las frustraciones que eso puede provocar? Veamos. Por un lado, los libros en papel —como los conocemos desde hace seiscientos, setecientos años— son muy apropiados para el objetivo que buscan cumplir: presentan una versión de una historia frente a la cual el lector reacciona, de la cual comienza a formarse una interpretación y de la cual se apropia al seguir un largo proceso en el que se entabla una íntima relación.

La experiencia al leer en un dispositivo digital, por su parte, se asimila más al trabajo con un borrador; el lector se hace una idea, una primera impresión de lo que el texto podría ser.

Una de las cosas que, creo, es fundamental en esta discusión, es cómo la escritura se adapta a la tecnología. Desde el momento en que los seres humanos comenzamos a contar historias, la tecnología ha evolucionado e influenciado la forma en que hemos contado esas historias. Un ejemplo es la invención de la imprenta: Gutenberg y Caxton hicieron posible una distribución masiva y relativamente económica de textos.

El hecho de que el papel se hiciese más asequible para más gente implicó que se comenzaran a componer novelas mucho más largas que las narraciones que hasta el momento se habían escrito.

Ahora, nadie ha logrado encontrar la forma particular en la que la tecnología moderna digital podría maximizar su potencial, con excepción de —y este es un asunto importantísimo— la gente que se dedica a hacer juegos de video. La industria de los videojuegos, una tremendamente dominante en el mundo moderno, hace uso de la tecnología de una manera muy interesante. El usuario accede a una narrativa a través de un dispositivo que cabe en la palma de su mano y en el cual encuentra todas las opciones, todas las diferentes posibilidades relacionadas con esa narrativa, potenciadas con sonidos y con diferentes imágenes; así, puede entrar en un juego con historias. Esa, sin embargo, no sería necesariamente la tecnología más atractiva ni la más fácil de consumir si se aplicase a la ficción escrita de largo formato, donde el lector tiene la

responsabilidad de entrar al mundo que el autor ha propuesto, encontrarse con él a mitad de camino y crear la historia.

A mí me gusta jugar en mi iPad. Parece ser el tipo de dispositivo ideal para los juegos; es mejor que la televisión, y definitivamente supera al bloc de notas. En general, no obstante, prefiero la experiencia táctil, física, con el papel y lo impreso.

Parte de eso tiene relación con un tema al cual seguramente llegaremos más adelante: la autoridad. Publicar en Internet es tan fácil porque se puede hacer sin los debidos mecanismos correctores. Digamos que yo, un escritor sin talento —y en serio soy un escritor sin talento—, quiero escribir una historia y publicarla en línea; podría hacerlo sin problema y el producto estaría al alcance de cualquier persona. Y si yo mismo dijese que se trata de una muestra de escritura no ficcional, histórica o de investigación científica, el público la tomaría por eso.

Eso es imposible cuando una empresa entera, compuesta por editores, por personas encargadas de verificar los hechos en un texto, está involucrada en la edición rigurosa y apropiada de publicaciones en forma de libros. Hay una impronta de autoridad en los libros que para ser publicados han pasado por un proceso que ha incluido el estudio y la aprobación por parte de un grupo de individuos dedicados, que buscan darle un verdadero peso a ese producto. Eso, considero, es algo muy importante que habrá que tener en cuenta en el resto de la discusión.

**MP:** Esa es una perspectiva muy optimista. Cuarenta por ciento de los libros que se venden por Amazon en la actualidad son producto de la autopublicación —un porcentaje, además, que no deja de crecer.

Michael, tú eres editor de libros electrónicos, ¿crees que la autopublicación es una amenaza para tu campo?

**Michael Bhaskar:** Antes de abordar el tema de la autopublicación quisiera hablar brevemente acerca del punto relacionado con el cambio en los hábitos de lectura. En mi caso, la respuesta es sí. Estoy seguro de que ha habido un cambio, y, como Peter, soy un lector profesional en cuanto editor y en cuanto escritor; mis lecturas están vinculadas principalmente a mi trabajo. A veces tengo la impresión de estar sobrecargado con lecturas que tengo la obligación de hacer.

En relación con eso, me viene a la cabeza una pregunta que alguien me hizo ayer: ¿cómo decido qué libros publicar? Una de mis reglas orientadoras al respecto es: si leyendo un manuscrito tengo la sensación de estar leyendo algo sólo para mi trabajo, debería, entonces, descartarlo.

A mi parecer, hay dos tendencias que están cambiando los hábitos de lectura; dos fuerzas que están haciendo de la lectura larga, cuidadosa, profunda, esa lectura que hacemos cuando tomamos un libro, una tarea cada vez más difícil. Y ambas están conectadas de distintas formas con la tecnología digital.

Por una parte, hay evidencia de que, en un nivel muy básico, la tecnología digital está reprogramando nuestros cerebros y, en términos más puntuales, dificultando la sumersión en una lectura larga. Las redes sociales, por ejemplo, funcionan como una especie de bucle: siempre se quiere recibir más novedades y vemos cómo cada vez que nos llega una notificación o un *e-mail*, nos reconforta un pequeño toque de dopamina. Un estudio al respecto muestra que algunos trabajadores en oficinas

llegan a revisar su bandeja de entrada hasta treinta y seis veces en una hora. Y cada vez que sucede eso, cada vez que revisas tus *e-mails*, pierdes la concentración en lo que estabas haciendo y no puedes volver a conectarte con tu tarea sino después de un largo periodo.

Entre más veces revisamos nuestros teléfonos, nuestros *e-mails* —la persona promedio mira su teléfono cientos de veces al día—, más reforzamos la implementación en nuestra mente de un patrón que produce la necesidad de recibir novedades constantemente y de que saltemos de una cosa a la otra sin involucrarnos realmente en ninguna tarea.

Esto lo mencioné en una charla que di hace un par de días. Un estudio de Microsoft mostró que, en el año 2000, los seres humanos, en promedio, podíamos mantener la concentración en una tarea durante doce segundos. Para 2013, este espacio de tiempo ya había caído hasta los ocho segundos, un segundo menos que lo que un pez dorado puede fijar su atención en algo. Sabemos, pues, que ya estamos peor que los peces dorados.

Digo todo esto porque veo que se ha convertido en una presión para mí mismo. Noto que, cuando leo algo, sea para el trabajo, sea por placer, siento de repente esas ganas de dejar la lectura y distraerme. Me parece claro que nuestras mentes están ahora más fragmentadas que antes.

Me sorprende que casi ningún editor o escritor de los que conozco le dé a este tema la importancia que merece; la gente habla, más bien, de la amenaza existencial que constituye Amazon para el mundo de los libros.

La amenaza es la transformación que está teniendo lugar en nuestra propia cabeza.

El aprendizaje de la lectura —y esto a manera de corto paréntesis, pero también para hacer hincapié en la gravedad del asunto— es, quizás, el paso más importante que damos en nuestra vida en lo concerniente al desarrollo cognitivo; leer es un ejercicio de abstracción al cuadrado: a la acción de leer, que es de por sí algo abstracto, se le suma que el lenguaje que leemos, con sus símbolos, es a su vez abstracto.

Leer es probablemente lo más difícil que el cerebro humano está en capacidad de hacer. Ver televisión, por ejemplo, es casi como, simplemente, mirar la realidad; leer es un ejercicio muy diferente, al hacerlo interpretamos símbolos. Es importante y poder hacer lecturas largas y profundas es esencial.

Eso, por un lado; ese es uno de los factores que, creo, ha provocado cambios en la forma en que la gente lee.

Por otra parte, está la creación, provocada por todas estas tecnologías, de la impresión de una ocupación permanente en nuestras vidas. Tenemos siempre que estar haciendo algo: vuelves a casa después de una jornada de trabajo, te sientas y ves televisión, pero al mismo tiempo estás revisando tus *e-mails*. La gente tiene ahora, simplemente, más para hacer, más cosas que administrar, más trabajo que sólo se multiplica. Y esta ocupación permanente, invasora, es tóxica para la lectura. Leer requiere de tiempo, y entre más ocupados nos mantengamos, menor será el tiempo que podamos dedicar a la lectura. Esto, insisto, lo digo porque se ha convertido en una presión que siento sobre mí mismo. Incluso para alguien cuyo trabajo y cuyo sustento está en la lectura, es un obstáculo enfrentarse a estas dos fuerzas cada vez que se busca el tiempo, el espacio y la actitud necesaria para el ejercicio esencial del entendimiento crítico de aquello que se lee.

**MP:** Suena bastante apocalíptico, ¿no crees, Peter?

**PF:** Sí, lo creo. Es también algo polémico. Por un lado, se nos dice que el periodo en el cual una persona puede mantener su atención en una tarea está entre los ocho y los doce segundos.

En los últimos veinte años —esto desde la perspectiva de alguien que vive entre libros— una generación completa ha quedado enganchada a las 2.500 páginas de la narración de las aventuras de un montón de brujos adolescentes.

Esta es una generación de chicos que, a pesar de lo que se nos dice, tienen una capacidad de atención tan precaria que los anuncios de publicidad deben durar cuatro segundos para atraparla, está preparada para pasar cincuenta y ocho horas —el tiempo que necesita el lector promedio para devorarse de cabo a rabo la serie entera de Harry Potter— con un libro entre sus manos. Y no hablo de un chico entre cien. Hablo del veinticinco por ciento de un grupo entero que afirma estar preparado para enfrentarse durante ese periodo a una obra —requeriría, de hecho, menos tiempo la lectura de la Biblia en su totalidad. Sería también menos divertido.

El inmenso éxito de ese formato de narrativa extensa obedece enteramente a la calidad del contenido que presenta. Nadie podría involucrarse durante cincuenta y ocho horas con una historia llena de tonterías; eso simplemente no llamaría la atención. Todo lo que hacemos como lectores está guiado por el talento, por la percepción del escritor.

La pregunta es, ¿por qué estamos dispuestos a sumergirnos en la experiencia de la lectura de un libro? Y la respuesta tiene que ver con la diferencia entre lo que el escritor de un libro

hace y lo que el compositor de una canción de pop, o el libretista de una telenovela, o el guionista de una película hacen. Por el momento me refiero puntualmente a los escritores de novelas; seguramente surgirá el tema de la poesía, pero dejémoslo para después; sería un excelente punto de quiebre para darle un giro a esta conversación.

En todo caso, las personas que escriben novelas o ficción, más que cualquier otro artista, más que cualquier otro individuo que trabaje con cualquier otra forma de arte, nos dan el regalo más extraordinario: la oportunidad de percibir el mundo a través del punto de vista de alguien más.

Ahora, no es en absoluto polémico afirmar, en un mundo que se mueve al ritmo de las polaridades más extremas, que la empatía es el atributo humano que más debe fomentarse con tal de lograr entender a las personas que son diferentes de nosotros. Si hay siete billones y medio de personas en el planeta, es claro que todas se esfuerzan para sobrevivir y que, por lo tanto, todas tienen razones válidas a favor de las cuales se podría argumentar, por las cuales seguir viviendo. Es, por lo tanto, imposible concebir que sólo una de esas personas, o que sólo un billón o tres billones y medio del gran total, tenga la respuesta única y correcta al interrogante de cómo es estar vivo.

Pido disculpas por la lección de matemáticas. Lo que intento expresar aquí es, simplemente, que los más variados asuntos relacionados con pluralidad, multiplicidad, diversidad y todo lo que sabemos sobre la economía, la genética, la física nuclear, todo nos lleva a la simple idea de que la fortaleza de nuestra humanidad está en su diversidad. Es posible que algunos fundamentalistas, devotos creyentes en su religión, se



sorprendan al escuchar esto, pero la verdad es que ningún libro tiene todas las respuestas. Ninguno. Como lectores y escritores, nuestra fortaleza recae en la multiplicidad de la experiencia humana.

Lo que los escritores hacen se diferencia de lo que hacen quienes componen canciones de rock con letras que nos llegan al alma, que nos llevan por un sendero emocional en un viaje por el cual agradecemos, que nos hacen llorar, reír e incluso sentir románticos. La escritura de novelas es una cosa distinta. No es lo mismo que escribir el guión de una película y mostrar al público un producto ya completo, finalizado y enteramente basado en la visión de un director o de un guionista.

Un libro exige a su lector salir y encontrarse con el autor a mitad de camino. Es, por definición, una conversación a la que traes, como lector, como lectora, tu propia experiencia de vida al texto que el autor te está ofreciendo. Todos lo leemos de forma diferente. Cada quien tiene una forma distinta de leer las mismas quinientas páginas y para cada quien tendrán esas páginas un significado diferente. Así pues, si ese es el regalo que recibimos de los escritores de historias, las decisiones que tomamos como consumidores importan fundamentalmente muy poco en este sentido; si quieres el libro con tapa dura o en edición de bolsillo, da igual; ¿lo quieres en un formato que garantice una lectura cómoda en el tren? No importa; en el mundo desarrollado la forma que las editoriales escojan para transmitir su contenido no tiene importancia. Sin embargo, sí es importante para el billón de personas que viven en China o en India, o para la gente del mundo árabe, o para los africanos que no pueden costear un libro de tapa dura, ni uno en edición de

bolsillo. Para ellos tiene una gran importancia el hecho de que los pensamientos de alguien más puedan viajar a través de un dispositivo electrónico de la misma forma y con la misma libertad que los marcadores de un encuentro entre el Real Madrid y el Manchester United, o de un partido de cricket, o de uno de básquetbol, que son transmitidos a todas las esquinas del planeta. El deporte ha establecido ya la idea de que las cosas pueden ser accesibles globalmente.

Las revoluciones y la forma en que nuestros comportamientos cambien serán repercusiones del acceso a historias, que son herramientas incomparablemente poderosas a la hora de provocar cambios en la mente de las personas. Y, valga la pena decirlo, casi siempre para bien. No se me ocurre ningún ejemplo en la historia de la literatura, ni en la historia del mundo editorial —ni siquiera *Mein Kampf*— en el que un libro haya sido leído por el público y haya transformado a las personas en menos humanas.

Hago referencia a *Mein Kampf* —y me vienen a la cabeza ahora los tuits de Donald Trump— porque es un ejemplo de cómo la capacidad del lector de pensar por sí mismo es absoluta. Puedes leer algo con lo que no estés de acuerdo y tu reacción será igual de válida que la declaración original.

**MP:** Historias. Hablemos de historias. Las historias vienen en diferentes formas. Netflix, por ejemplo, está lleno de historias. Podríamos decir que la música está, hasta cierto punto, compuesta por historias.

Muchos lectores dicen que ahora tienen menos tiempo libre y leen menos porque ven más contenido en Netflix.

Internet ha hecho de la música y el cine, las imágenes y las imágenes en movimiento, contenidos mucho más portátiles; esta era una ventaja exclusiva del libro. El libro ha sido portátil por más de cien años. Para ver una película se tenía que ir a un teatro y para escuchar música se tenía que asistir a un evento donde una orquesta se presentara. Hoy, considero, las imágenes en movimiento y la música son la competencia más fuerte que el libro tiene; el libro, de hecho, ha perdido ya bastante terreno frente a esos productos culturales.

**MB:** Yo pienso que hay muchas formas de ver esto. En general, es difícil no estar de acuerdo con Peter en los aspectos fundamentales. Por un lado, hay muchas razones para ser muy optimistas respecto del futuro de la lectura; por ejemplo, que ha sido y es de enorme importancia para todas las sociedades y quizás, incluso para lo que es la experiencia humana. Quisiera, sin embargo, volver también a algunas cosas que me parecen un poco más complejas.

Uno de los factores característicos de nuestra época, en términos de medios, información y de cultura, es la expansión exagerada y el extensísimo espectro de opciones que hay para escoger. Publicamos más libros que nunca en la historia, cosa que sucede al mismo tiempo que producimos más información, esto último también a un nivel exponencialmente mayor comparado con cualquier otro momento en la historia. Basta con hacer un par de clics para tener acceso a todos los videos del mundo. Si vas a Spotify, tienes treinta millones de canciones para escoger. Todo esto se traduce en una presión que se acumula en el ecosistema de la información.

No obstante, es en esto mismo en donde considero que se encuentran las razones para no perder la esperanza. Gracias a esta sobrecarga de información y gracias a que hemos empezado a reflexionar más profundamente acerca de lo que el crecimiento de la cultura digital implica, se ha generado una demanda de una parte del público por experiencias más significativas y trascendentales. Se ha hecho una mención a Netflix; se dice que su popularidad causa preocupación porque, visto desde el mundo de los libros, es un competidor directo. Y puede que lo sea de cierta forma. Sin embargo, vista desde otra perspectiva, su presencia puede sernos de mucha utilidad. Por ejemplo: puede que Netflix no ofrezca las cincuenta y ocho horas de entretenimiento que Harry Potter sí; sin embargo, si te enganchas con la primera temporada de una serie que, digamos, dura unas trece horas, y después sigues con las cuatro temporadas siguientes, tendrás cinco temporadas de historias elaboradas, de una trama compleja, con apariciones de personajes con conflictos profundos. Y ese es, precisamente, el territorio de la novela; que la gente vea ese tipo de cosas en Netflix quiere decir que ese es el tipo de contenido que quieren y que buscan.

Vimos una fuerte caída en la venta de libros después de la crisis financiera; ahora, afortunadamente, el ámbito editorial se está recuperando, la gente compra libros y los lee. Hace unos pocos años se veían también todas estas encuestas que decían que los niños no querían leer. Hoy, por el contrario, vemos que el mercado de los libros infantiles muestra un crecimiento notable; más o menos se ha duplicado durante la última década. Los niños, entonces, están leyendo. Y en realidad, cuanto más estemos expuestos a este tipo de cultura digital, efímera, más activamente buscaremos y apreciaremos productos tangibles,

físicos, complejos, cuya comprensión implique un esfuerzo. Es por eso mismo que la gente compra todavía libros de tapa dura, no sólo por las palabras que contienen, sino también porque representan algo que tiene un significado especial para ellos. Algunas personas verán en eso un inconveniente. Yo no; yo creo que es una buena señal: significa que el libro, también en cuanto objeto físico, tiene todavía su lugar en el mundo.

Creo, también, que hay algo que los libros hacen y que es imposible encontrar en otros medios. En parte tiene que ver con el factor de la empatía que mencionaba Peter y con el cual estoy completamente de acuerdo. Todos los productos culturales y mediáticos que nos inundan tienen algo en común: te lo dan todo. Incluso los videojuegos presentan todo al consumidor, igual que cuando ves una película o algo en Netflix. Al leer un libro, el director es el lector, es él quien, basándose en su propia imaginación, toma todas las decisiones. Un libro es un marco y tú tienes que hacer el trabajo de construir el resto de la estructura; son las imágenes en tu cabeza las que conforman la historia. Cuando lees un libro no eres un consumidor pasivo; estás reaccionando activamente. Es extraordinario que, en este mundo donde los medios avanzados con increíbles efectos especiales abundan, donde Netflix y Spotify tienen una presencia tan fuerte, el libro sea el único producto cultural y mediático que exija de sus consumidores una postura activa y que contribuyan ellos mismos.

Así, todas las fuerzas que se oponen a los libros están, simultáneamente, provocando una especie de contragolpe. Están creando un nuevo espacio para los libros; nos están mostrando de otra forma lo que hemos siempre visto a través de la lectura;

nos invitan a mirar con nuevos ojos algo que hemos tenido siempre a la mano y a darle más importancia.

**MP:** Aquí podríamos referirnos también a los audiolibros. ¿Es el consumo de audiolibros lectura? La poesía siempre ha sido leída en voz alta y la gente se reúne en torno a un poeta para escuchar su poesía. Pero ¿escuchar una novela?, o, ¿qué es lo que se hace cuando se escucha un audiolibro?, ¿puede llamársele a eso leer?

**PF:** No, no se le puede llamar leer, pero sí narración de historias. La narración oral de historias tiene algo muy tradicional y maravilloso. Homero, según lo que se sabe, fue un poeta griego que anduvo por las tabernas del Peloponeso contando qué había pasado en Troya a gente que, posteriormente en algún punto, escribió esas narraciones y las compartió.

La tradición oral ha sido parte de todas las culturas que han existido en la Tierra. Hay un poder glorioso y sensual cuando se escucha a alguien con una voz espectacularmente vívida y poderosa contar un cuento. Eso no es leer. Pero sigue siendo una versión de una historia que te permite, con o sin los ojos cerrados, crear imágenes en tu propia cabeza. El problema con las películas basadas en libros, para muchos lectores —independiente del libro y de la película—, es que los personajes no tienen, necesariamente, la apariencia que les dieron al leer la historia por primera vez; eso es natural: cuando tú lees, la imagen que te haces de un personaje en tu cabeza es, en parte, la tuya propia; tú eres el protagonista de tus propias historias. Da igual si es un personaje bueno, malo o secundario; siempre

querremos adoptar las vidas de los protagonistas en los libros. Al contrario, cuando ves una película, los personajes los encarnarán actores como Gael García Bernal o Johnny Depp o gente que luzca parecido; están ya definidos.

Así que la libertad de imaginación tiene todavía cabida en el mundo de los audiolibros. Las dinámicas del ámbito de la radio están basadas en nuestra capacidad para formarnos imágenes mentales a partir de las voces y los sonidos que emiten otras personas. Creo que es válido. Todo hace parte de la misma tradición narrativa. Y en este sentido, el punto mencionado en relación a la poesía me parece muy interesante. Podríamos definir la poesía como la forma literaria que comprime y articula de manera más poderosa una idea, un pensamiento o un sentimiento; lo cual podríamos ahora trasladar al caso de los mensajes de texto, de Twitter o de cualquier medio de comunicación de formato muy breve, ahora tan popular en las redes sociales.

La poesía funciona de maravilla. Si repasamos las muestras de contenido breve más populares y compartidas en las redes sociales veremos que, muy a menudo, ejemplifican de una manera muy elegante cómo expresar un pensamiento mediante un formato comprimido; además, no es raro ver que esos contenidos incorporen algunos aspectos técnicos del lenguaje poético como ritmo, asonancias y aliteraciones; en eso podemos apoyarnos para comunicar una idea y también para responder, en cuanto lector, desde la propia experiencia personal.

En realidad, no importa cuánta competencia haya en lo concerniente a las formas o ámbitos a los que podemos dedicar nuestro tiempo libre. Tenemos razones para variar. Si quisiera compartir una gloriosa experiencia cultural con un grupo de

amigos una noche cualquiera, iría a bailar o a un teatro o a un concierto. Si quisiera, por otro lado, un momento más íntimo, con espacio para la contemplación, me quedaría en casa con una novela. Esas opciones, sin embargo, no se excluyen ni se invalidan ni se superponen las unas a las otras. Todas pueden formar parte de nuestra experiencia de vida.

Una de las cosas más increíbles que Internet y esta sociedad globalmente han traído consigo ha sido la facilidad de compartir las cosas que nos gusta leer de una forma mucho más directa y más fácil que nunca antes en nuestra historia. Ahora es más fácil gracias a herramientas como Twitter y blogs, comentar las lecturas que nos gustan; también abrir una conversación con otros amantes de los libros, sin importar dónde en el mundo se encuentren, en torno a temas que nos interesen. Sé, por ejemplo, de un profesor que propuso a sus alumnos la creación de un club de lectura en línea que, al cabo de cuarenta y ocho horas, ya contaba con ochenta mil seguidores; ochenta mil seguidores alrededor del mundo entero.

A lo largo de este proceso que hemos vivido con el Hay Festival, organizándolo los últimos treinta años, hemos aprendido que hay una fuerza extraordinaria en expresar públicamente nuestro entusiasmo por la privacidad. Sé que suena loco; no obstante, aquí nos encontramos todos en este cuarto porque, como lectores, como gente a la que le gusta compartir sus ideas y sus historias, valoramos la compañía de otras personas con intereses similares. Es algo supremamente poderoso. Y no existe cosa políticamente más potente que una nueva idea expresada a través de una nueva historia.



**MP:** Y, a pesar de todo, tenemos a gente como Tim Cook, quien hace tan solo dos semanas decía que nunca permitiría a su sobrino abrir una cuenta en ninguna red social antes de cumplir los quince o dieciocho años. Esto es algo que también han expresado Bill Gates y Steve Jobs. Todos han dicho públicamente que no dejarían a sus hijos acercarse a estas nuevas tecnologías, lo cual suena bastante alarmante.

**MB:** Vuelvo por un instante a lo de los audiolibros. Creo que es muy interesante, por ejemplo, que es un producto que sólo ahora que se distribuye digitalmente, y no sólo como CD, ha despegado de verdad.

Peter hablaba del poder de la narración oral. En muchos sentidos, las culturas del planeta tomaron forma a través de las narraciones orales, que aparecieron mucho antes que la escritura. Relacionando eso directamente con la lectura, sería pertinente recordar que, desde que se empezó a leer y a escribir, la mayoría del tiempo la gente ha leído en voz alta. La gente no se sentaba y empezaba a leer en silencio. Estoy abierto a correcciones en este punto, pero me parece que tengo razón al referirme a este pasaje de la obra de San Agustín en que comenta que, al ver a alguien leyendo en silencio, pensó algo como, “Por Dios, eso sí que es raro”; era realmente peculiar sentarse a emprender una lectura y no anunciar qué se estaba leyendo.

Y de hecho, no fue sino hasta el Renacimiento que se adoptó la costumbre de leer en silencio. En ese sentido, no es una coincidencia que sea en el mismo Renacimiento cuando empezamos a discutir más acerca de nuestro propio mundo interior, acerca del individualismo, acerca de la identidad individual del

hombre. Este paso a una lectura silenciosa puede, entonces, ser visto como parte de la creación de un ser humano caracterizado por un pensamiento moderno. Quizás la transformación que hoy tiene lugar en nuestras sociedades nos lleva de vuelta a un mundo más oral y más visual; la lectura silenciosa ahora comparte su espacio con medios como Instagram, Snapchat, etcétera. Si quisiésemos ponerle un velo de grandiosidad al asunto, podríamos decir que estamos desentrañando una parte de nuestra interioridad que hemos venido cultivando desde hace ya un tiempo. Pero eso, en realidad, no lo sabemos.

De vuelta a un nivel un poco más terrenal, creo que algo muy importante está sucediendo actualmente con los audiolibros. Creo que se trata de un giro significativo. Como editor, desempeñando un oficio en el que es necesario mantenerse actualizado, veo a mis colegas en la industria enloquecer con el fenómeno de los audiolibros; pienso entonces que eso podría realmente convertirse en algo muy importante.

Y con respecto al tema de los gurús del mundo de la tecnología, me parece sorprendente cómo Evan Williams, el fundador de Twitter, ha prohibido a sus hijos usar estas tecnologías. No son sólo Tim Cook con sus sobrinos y Steve Jobs con sus hijos. Casi todos en Silicon Valley ven el tema desde esa perspectiva; se han dado cuenta de que estos dispositivos que todos usamos hoy en día pueden, efectivamente, crear un comportamiento adictivo. Y ahí llego de nuevo a lo que señalaba antes, a cómo estos aparatos perjudican nuestra capacidad de concentración.

**MP:** ¿Sabes, Michael, que cuatro de cada cinco hogares en los Estados Unidos disponen actualmente de una consola de

videojuegos? Ciento sesenta millones de estadounidenses se entretienen con juegos de video entre dos y tres veces a la semana.

**MB:** No creo que eso sea un problema. Yo mismo crecí con estos juegos de video; me reunía con mis amigos y pasábamos el tiempo con los mismos juegos, y ahora hablamos de eso con nostalgia. Los videojuegos no hacen daño. Y de hecho, los mejores videojuegos son, en realidad, complejas, extraordinarias y muy interesantes obras de arte a su propio modo.

Surge un problema cuando la gente pasa doce horas al día sentada en un cuarto, sola, con un juego, porque han adquirido una adicción, de la misma forma que algunas personas se enganchan con el cigarillo o con la heroína. Quiero decir que ahí se trata de una adicción de orden neurológico. Y eso es un peligro.

**MP:** Eso, creo, es exactamente lo que está pasando.

**MB:** Creo que es lo que pasa en algunos casos. Pero sería disparatado decir que los videojuegos son perjudiciales, que deberían desaparecer porque todos nos estamos convirtiendo en adictos. No creo que eso sea cierto. Creo, al contrario, que se pueden tener maravillosas experiencias familiares en torno a un videojuego, lo cual me parece fantástico.

Es esencial establecer límites. En casa tenemos un bebé de dieciocho meses y procuramos que no se acerque a ningún tipo de medio digital. Sin embargo, cuando tenga doce años, ¿tendrá algún sentido imponerle que no pase tiempo con video-

juegos y que sólo lea libros? No. Idealmente, encontraremos un punto de equilibrio, algo que, también como sociedad, debemos aprender: cómo balancear las cargas, cómo regular el uso de estos artefactos y medios. Es, sin duda, muy importante.

**PF:** Hablando de videojuegos, considero que es un tema muy interesante. La respuesta a los problemas que puedan aparecer no es vetarlos. La respuesta es hacer mejores videojuegos. La respuesta está en permitir a los escritores, que saben de narrativa y saben usar su percepción y su entendimiento, entrar al mundo de los videojuegos y hacer que colaboren en su creación; si serán adictivos y provocarán que la gente los use como medio de entretenimiento por mucho tiempo, que indiquen cómo podría trabajarse con ellos para convertirlos en un vehículo para comunicar ideas más interesantes.

Creo que es realmente emocionante pensar en el potencial de la producción de mejores juegos de video. El trabajo con géneros y medios por los cuales la gente ya ha mostrado un interés es muy gratificante; tiene más sentido usar su creación como una oportunidad que intentar abolir su existencia.

**MP:** Los videojuegos parecen estar adquiriendo más prestigio. ¿Serán ahora esenciales en el aula de clase?, ¿cambiarán la forma en que se enseña historia? Me parece demasiado. Tengo la impresión de que el prestigio de los videojuegos está creciendo muy rápido, lo que, a mi parecer, significa una amenaza para el acto de la lectura. Veo que puede ser una competencia para los libros: los niños ahora aprenderán por medio de juegos de video en lugar de lecturas.

**PF:** Aquí es importante recordar que la lectura tiene una ventaja fenomenal frente a nuevas formas de entretenimiento generadas con ayuda de la tecnología. Esa ventaja es, sencillamente, la durabilidad: la lectura tiene a su favor setecientos años de intenso trabajo; hace ya parte de nuestra estructura educativa.

Cuando el niño todavía está en el cuerpo de su madre y le hablamos desde afuera, o cuando le recitamos canciones infantiles, le estamos enseñando ya a responder con patrones del lenguaje que incorporen palabras y maneras de hablar, y a apreciar esos patrones. Luego, un poco más tarde, adquirimos, como bien se ha dicho aquí ya, unas de las capacidades más complejas y maravillosas de las que dispone el ser humano: la habilidad de leer y escribir; en todo caso, se nos enseña desde nuestro origen a responder al lenguaje y eso es uno de los regalos más espectaculares que recibimos. Esta habilidad puede, luego, llevarnos por muchos caminos diferentes.

La ansiedad se apoderó del mundo cuando, por ejemplo, las primeras películas aparecieron. Se dijo que había llegado el fin del libro. Bueno, pues no fue así. Igual sucedió con la llegada de la televisión: se acerca la muerte del libro, se profetizaba. No pasó nada.

Todo esto está relacionado con la narración de historias. Los libros no son, necesariamente, el mejor medio para contar historias. Algunas historias se adaptan mejor a otras formas de expresión; hay unas que se cuentan mejor como chistes, otras cuyo potencial se explota mejor en un acto de *stand-up comedy*, y otras que encuentran su verdadero valor en el teatro. Y en el momento en que ese poeta griego sobre el cual hablé un poco

hace un momento empezó a recibir la atención de un público y se dio cuenta de que necesitaba músicos para su acto, y tuvo luego que asegurarse de que su voz no se perdiera en el ruido de los instrumentos y sobresaliera lo suficiente, nació la semilla del *rock and roll*, que dio su fruto dos mil años después. De la misma manera que, cuando se necesita más de un personaje en el escenario y traes a tu amigo y le dices, “Tú, haz de Odiseo y yo hago de Aquiles”. Todas son formas de narrativa. Todas se enriquecen mutuamente. Seguramente aparecerán nuevas formas, algunas quizás como los videojuegos y otras más con base en la tecnología que potenciarán la escritura y, en general, la narración de historias. Encima de todo eso está, naturalmente, la gran cantidad de libros que, como hemos señalado con anterioridad, se publican cada año. Muchos, habrá que decir, no son muy buenos; otros, por otro lado, son magníficos. Y aparte, para recalcar: hay muchos más libros geniales siendo publicados cada año en la actualidad que hace diez, veinte, treinta, cuarenta o cincuenta años. De eso no hay duda.

**MP:** Y, ¿por qué crees que pasa eso?

**PF:** Porque hay más gente en el mundo. Porque la gente disfruta contar historias y porque —aquí viene lo realmente interesante—, a la hora de crear videojuegos —que son algo bueno— debes tener artistas visuales; debes tener gente con talento para programar y crear el código de programación; debes tener músicos, artistas... Debes tener todo tipo de gente trabajando en conjunto con tal de poder llevar a cabo satisfactoriamente la tarea. Desarrollar un juego de video cuesta una fortuna.

Para desarrollar una historia de, digamos, veinticinco mil palabras o de ciento cincuenta mil palabras, se necesita una persona, un lápiz y algo de papel. Y un año y medio. Escribir un libro es, en realidad, haciendo a un lado el esfuerzo imaginativo, bastante fácil, físicamente, quiero decir. El trabajo duro está a cargo del corazón y de la cabeza.

**MB:** Vuelvo al tema de los salones de clase y a la idea de durabilidad.

Es verdad que los libros son herramientas muy básicas y que no son muy difíciles de hacer. Además, algo relacionado con la lectura, que es muy especial y que podría sugerir que esta tendrá siempre un lugar fundamental en la experiencia humana, es que no hay un medio más eficiente a la hora de transmitir información y compartir ideas.

Si quieres enseñar algo en el aula de clase puedes mostrar a tus alumnos una película; puedes, incluso, mostrarles un videojuego. Pero ninguna de las dos formas comunicará tanta información en un periodo tan corto como puede hacerlo la lectura. Sigue siendo la forma más efectiva.

Podemos siempre decir que una imagen vale más que mil palabras, pero ¿cómo vas a contar la historia de Colombia con una imagen? No se puede. Necesitas palabras para hacerlo. Si hicieses una película del tema, con base en un libro, capturando toda la información que encuentres ahí, la película sería, de hecho, una lectura del libro.

Algo interesante acerca de la tecnología asociada con la lectura y la escritura, que nuestra humanidad desarrolló hace miles de años, es que, en realidad, su invención surgió, en parte, de la ne-

cesidad de guardar constancia de las deudas de la gente. La lectura nació como un medio para poder decir con seguridad quién le debía dinero a quién. Es un ejercicio que, de alguna forma, siempre ha tenido que ver con el ámbito de la economía.

La verdad es que, incluso en la actualidad, no se me ocurre un medio más eficiente para comunicar información. Es durable, poderoso y no requiere de muchos recursos. Es simplemente un tipo extraordinario de tecnología. Es magnífico poder tenerlo a nuestra disposición, aun comparándolo con la posibilidad de lanzar cohetes y llevarlos hasta el espacio exterior.

Podemos hacer un sinnúmero de cosas extraordinarias. Todas, sin embargo, están basadas fundamentalmente en la lectura.

**MP:** Me gusta ese espíritu optimista. Vamos, entonces, a abrir un espacio para algunas preguntas.

**Pregunta:** ¿Ustedes consideran que el patrón de escritura lineal, y más de izquierda a derecha y hacia abajo, se va a mantener a pesar de que las herramientas digitales permiten diseños muy creativos que facilitan la percepción de patrones diferentes?

**MB:** Considero que ni siquiera la tecnología digital propiciará cambios que permitan introducir otros patrones en ese sentido. No creo que veamos un cambio fundamental y la razón es, sencillamente, que los humanos y los diseñadores de esas tecnologías somos más bien conservadores en lo concerniente a la forma en que construimos nuestras herramientas. Si piensas en el típico software de procesamiento de palabras, te darás



cuenta de que lo que hace es tratar de replicar la imagen de una página.

Hay un término en el ámbito de la tecnología y del diseño, *esqueumorfismo*, que se refiere a cuando replicamos en el mundo digital los fenómenos del mundo físico; esto sucede porque estamos acostumbrados a las formas del mundo físico y esperamos que, para que una herramienta funcione, siga esos patrones con los que ya estamos familiarizados.

Para mí el punto es que el patrón lineal de izquierda a derecha está tan fuertemente arraigado en nuestros sistemas de escritura y en los sistemas educativos, que sería demasiado difícil implementar un cambio. Además, ¿cuáles serían los beneficios? Quizás no exista ni siquiera una razón de peso para hacerlo.

Me viene a la cabeza un pequeño ejemplo relacionado. Hace unos años, Google introdujo un servicio llamado Google Wave, diseñado para cambiar cómo administramos nuestros *e-mails* y nuestra comunicación; te daba todas estas opciones para escribir pequeñas notas y tenía toda una serie de herramientas. El intento fue un fracaso absoluto. Google Wave era simplemente muy revolucionario para la época y nadie quiso utilizarlo.

El punto óptimo para las compañías que trabajan con tecnología es, en este sentido, cuando crean herramientas, aquel en el que se combine suficiente funcionalidad para que los usuarios le encuentren una utilidad al producto y suficiente confort para que sientan que están utilizando algo que les es familiar.

Cuando redactamos un *e-mail* o escribimos documentos para el trabajo, nos apoyamos en un programa que es el equivalente digital de una página en blanco. Honestamente, creo que eso tenderá a mantenerse así.

**MP:** Gracias. ¿Más preguntas?

**Pregunta:** Mi pregunta tiene que ver más con ciertos valores éticos y con las personas que están detrás de la tecnología hoy en día. Cuando los libros eran todos de papel, las personas que lideraban el mundo de la lectura, el mundo editorial, eran humanistas, egresados de programas universitarios de Ciencias Humanas, Literatura, Política, etcétera. Hoy en día los que dirigen el ámbito de la lectura son desarrolladores, ingenieros y gente muy joven; gente que, a mi parecer, viene de y tiene un mundo muy diferente. Ellos ven el mundo de una manera muy distinta a como lo ven los humanistas. ¿Cómo ven ustedes la presencia de estos nuevos jugadores en este contexto global?

**PF:** Creo que es una pregunta muy interesante. Actualmente, en todo el mundo, una gran porción de los medios globales (noticieros, periódicos, revistas) son manejados por personas con una visión y con objetivos que podrían calificarse de conservadores.

Supuestamente, las tecnologías al alcance de las masas sortean las estructuras de control editorial, equilibran el campo de juego y permiten que cualquiera con una opinión tenga un espacio para expresarla. La dificultad que eso trae consigo recae en el espacio de la autoridad. ¿Que yo, un ciudadano común, tenga el mismo derecho y la misma habilidad de expresarme que el periodista más riguroso en su campo es algo bueno?, ¿es algo malo? Creo que no hace ningún daño permitir a las nuevas generaciones que intenten empoderar y hacer escuchar las voces que ellos valoran más.

Algo que, con seguridad, hemos aprendido en siglos de historia del campo editorial es que la calidad siempre emerge, se hace notar y encuentra un mercado.

Ahora, no quiero decir que no haya toneladas de basura flotando por ahí en el ecosistema de las publicaciones digitales efímeras, visibles para un público amplio por un lapso muy corto. Que unos contenidos perduren, sin embargo, se debe a que la gente ha encontrado un valor real en ellos; es por eso que algunas cosas adquieren, en términos editoriales, una cualidad de canónicos: serán leídos también dentro de cientos de años porque son ciertos.

Asimismo, algunas cosas que actualmente no parecen verdaderas cobrarán una certitud a medida que el tiempo vaya pasando; esto debido en parte a que son productos visionarios y en parte a que constantemente estamos enterándonos de cosas que le dan un vuelco a las percepciones que tenemos del mundo.

Pero, personalmente, no me produce ansiedad que los nuevos al mando escojan lo que tendrá repercusión y lo que se reproducirá.

Nadie podrá censurar todo lo que se ha escrito ni lo que está por escribirse. Nadie puede meterse en tu cabeza e impedirte escribir esa historia que tienes ahí. La resiliencia, la necesidad de contar historias y la necesidad de expresarse que el espíritu humano tiene, bajo cualquier tipo de represión, sea política, corporativa, religiosa, son extraordinariamente vibrantes. Las buenas historias llegarán a su público, quizás no inmediatamente, pero sí en algún punto, irremediabilmente.

**MB:** Tengo algo pequeño que agregar. Un par de días a la semana trabajo en un proyecto de Inteligencia Artificial (IA) como parte de algo llamado “Unidad investigativa de ética y sociedad”, estudiando el impacto que tiene la IA en la ética y la sociedad.

Una gran parte de lo que hacemos es mirar qué consecuencias ha tenido para las compañías tecnológicas la férrea afiliación que han tenido por años a un modo de pensar tan arraigado en la ingeniería y a una perspectiva tan dependiente de la programación. ¿Adónde los ha llevado eso? Actualmente vemos que hay una gran reacción adversa en su contra, justificada por cierto. Lo que iniciativas como esta tratan de hacer es, pues, intentar inculcar a compañías tecnológicas valores humanistas como la conciencia ética y un entendimiento del impacto y el beneficio social que tienen o pueden tener sus acciones.

Creo que estamos entrando en las fases iniciales de una transformación en la cultura en ese ámbito; quizás también de un cambio en la imagen del tipo de persona que trabaja allí.

De pronto hay señales que apuntan a que el mundo de la tecnología está cayendo en cuenta de la importancia de salir de esa burbuja de pensamiento, donde todo se ve a través de los ojos del tecnólogo, como un ingeniero, y que tienen que razonar, también, como humanistas.

**Pregunta:** Nuestras nociones de literatura están usualmente muy enfocadas en la práctica de la lectura y la escritura fonética. Incluso nuestros festivales y nuestros espacios de estudios literarios giran en torno al estudio del libro.

En nuestro mundo tienen cabida también espacios marginales con relación a la noción de literatura; esos tipos de litera-

tura que están fuera de los circuitos de la escritura, de la movida editorial —por ejemplo, los narradores de los pueblos indígenas, o en África. ¿Cómo nutrirse de los diálogos con narradores o narradoras, que por el hecho de que no escriben en el formato alfabético del libro —aunque transmiten su conocimiento literario a través de otros medios—, no son necesariamente conocidos?

**MB:** Mi primer instinto me empujaría a preguntarme si en realidad queremos cerrar esa brecha. Me preocuparía, ante este grupo inmensamente rico de técnicas de narración de historias de diferentes culturas, historias en sí, medios visuales, etcétera, correr el riesgo de absorber esas expresiones y de convertirlas en parte de un sistema que abarca más y que, por el hecho de ser más poderoso, de tener una influencia más fuerte y más global, las sofoque y las anule prácticamente.

Quizás sí hay, como dices, formas de acortar esas distancias; mi opinión, sin embargo, es que hay que ser muy cuidadosos con eso. Personalmente, pienso, desde el punto de vista de un editor británico, que no me agradaría ser aquel que simplemente aparece, publica el libro y lo introduce como un producto más en el enorme mercado de los libros acerca de culturas de todo el mundo. En general, se sabe que eso no es muy atractivo, que no es una forma de proceder que dé los mejores resultados. Probablemente querrás presentar ese contenido con tal de amplificar esas voces que allí aparecen; habría que hacerlo, sin embargo, con mucho cuidado.

**PF:** Es una pregunta muy interesante. Hablemos, por un segundo, del tema del narrador de historias africano. Puede que

no funcione. Quizás sea un éxito en su propio contexto; sin embargo, no necesariamente tendrá acogida en el corazón de Cartagena.

Por otro lado, ir a buscar ese narrador al contexto donde originalmente trabaja, darle una mirada a lo que pasa ahí y luego preguntarse cómo eso puede aplicar al mundo propio, es una idea fascinante. En ese sentido, se puede relacionar con el tema de la traducción: ahora más que nunca es posible pasar de simplemente querer reproducir algo a traducirlo al lenguaje de la cultura propia. A mi parecer es algo muy enriquecedor; sobre todo porque toda persona que esté creando algo en este momento lo está haciendo impulsado por el hecho de que tiene acogida donde lo está haciendo.

Investiguemos y encontremos la parte de esa experiencia que compartimos, la parte de ese proceso que tenemos en común e intentemos hacer algo con eso. Es eso exactamente en lo que hemos estado trabajando por treinta años alrededor del mundo. Y hemos concluido que el mismo impulso de tomar una silla, sentarse y compartir una historia existe, tanto en una ladera en Gales como, por ejemplo, en una bella ciudad colonial costera en el norte de Colombia; tanto en el medio de la urbe de Nairobi como en la densa jungla de concreto de Beirut. Eso es la narración de historias: sentarse alrededor de una mesa, de una fogata, de una manta para picnic; estar presente en ese espacio y escuchar a alguien contar una historia es un placer universal y una necesidad humana.

Encuentra, entonces, lo que existe en común. Trabaja con las ideas que consideres interesantes y estudia si funcionan en tu contexto. De nuevo: la clave es la pluralidad, la

multiplicidad. Se puede encontrar el valor en las expresiones que tienen acogida en un lugar lejano al mismo tiempo que se puede apreciar que lo que alguien crea en el propio contexto local es diferente, y eso es algo de lo que, afortunadamente, podemos sacar provecho actualmente.

**Pregunta:** Uno de ustedes dos dijo que hoy en día se producen muchos más libros y se venden más libros que antes y la razón es porque hay más gente en la Tierra.

De pronto hoy el negocio de producir libros es mejor que hace un siglo o dos siglos. Lo que no tengo claro es si la relación entre habitantes de la Tierra y lectores es directamente proporcional. ¿Está aumentando la gente que está leyendo, al mismo tiempo que crecen las ventas de libros?

**MB:** Hay mucho que decir al respecto. En primer lugar, las ventas de libros en, por ejemplo, los Estados Unidos y el Reino Unido, están todavía en los niveles de hace diez años. Históricamente, sin embargo, han alcanzado niveles increíblemente altos. En inglés, se publican un millón de libros nuevos cada año. En los años 1800 en Gran Bretaña se publicaban más libros per cápita que en cualquier país del mundo; la relación de títulos publicados frente a la población era de uno por cada diez mil personas. Se consideraba increíble que se publicasen tantos libros. Hoy en día, el Reino Unido sigue siendo el país con más libros publicados por habitante, junto con Malta si no me equivoco, donde se cuenta un libro por cada cuatrocientas personas. Esa es la cifra: un libro publicado cada año por cada cuatrocientos habitantes en el Reino Unido.

En estos tiempos vivimos rodeados de un vastísimo número de libros; sin embargo, de casi todos se venden muy pocas copias. La mayoría de libros publicados cada año tendrá un tiraje de algunos cientos de copias; así que la sola publicación de muchos más libros que antes no se traduce necesariamente en índices de lectura más altos. Hay que tener en cuenta, igualmente, que muchos ejemplares que se venden quedan guardados, sin leerse; de nuevo: más ventas no equivale a más lectura.

Una cuestión que no tocamos aquí es que, en términos básicos, el volumen de lecturas que efectuamos a diario, si interpretamos *lectura* de la forma más literal, sí es mayor ahora que en cualquier momento de la historia. Pasamos nuestros días leyendo *e-mails*, documentos que recibimos de nuestros colegas, periódicos en línea, Twitter, Facebook, WhatsApp; todo eso es lectura. Entonces, en términos absolutos: sí, estamos leyendo más que antes, definitivamente.

Igualmente, publicamos más libros que nunca; y probablemente vendemos también mucho más. Si incluimos países como China, veremos cifras enormes. Nunca hemos impreso tantos libros como en la actualidad. Y probablemente esos libros sí se están leyendo, y se está leyendo más que antes; no obstante, nadie puede decirlo con exactitud; de todas formas, es un panorama complejo de explicar.

**MP:** Quisiera agradecerles a todos y recordarles que afuera hay librerías. Vayan y echen un vistazo y aprovechen para comprar libros. Gracias.



